

ánimica racional que se eleva hasta el Creador para adorarle y reverenciarle. Ningún otro sér de la creación puede presentar este continuado desenvolvimiento, esa elevación de miras, esa modificación del sér pensante llamada conciencia, esa percepción siempre ascendente; y si bien el hombre ha conservado después de seis ó quizá *ocho mil años* su forma originaria, la cual cónservará dentro de otros seis mil años más, y todo el tiempo que la Omnipotencia le permita peregrinar sobre la tierra; el hombre inteligente y laborioso seguirá poco á poco ensanchando los horizontes de esta inteligencia ilimitada para poder conocer y apreciar una pequeña parte de los secretos que vienen á constituir las leyes inmutables que Dios dió á todo lo creado. La unidad del linaje humano, que entraña la fraternidad universal, está demostrada por la ciencia, que ha venido á corroborar lo que está escrito en la Revelación bíblica.

Ya lo hemos dicho muchas veces en el transcurso de este libro; las dos escuelas rivales y antagónicas viven en sangriento pugilato desde las primeras civilizaciones del mundo. Habrán podido, si se quiere, variar de nombres, modificar los problemas ó presentarlos á la faz de la humanidad con más ó menos hipocresía; pero en su esencia siempre vemos iguales controversias, idénticas consecuencias y los mismos desengaños. Lo cierto es, que después de tantos siglos como han pasado, al través de las repetidas escuelas que han avasallado la inteligencia y la razón, pasadas tantas generaciones y entre multiplicados é importantes descubrimientos é interesantes hallazgos, todavía ignoramos los misterios de la *creación*, por más que nuestra soberbia haga creer que los hemos interpretado; confesamos con rubor á cada paso nuestra impotencia, avergonzados declaramos nuestra ignorancia, y la *duda* tortura nuestra inteligencia y agita de continuo nuestro pobre y abatido espíritu. Entonces, ó somos ateos y escépticos y negamos cuanto existe, hasta nuestra propia entidad, ó doblamos con reverencia la cerviz ante un SÉR SUPREMO, increado, inmenso, infinito, inteligente, justo, principio y fin de todas las cosas.



EPILOGO



RESULTADO y perseguido se ve el Catolicismo por el materialismo moderno y por el positivismo y monismo científico. La filosofía atea vuelve de nuevo á perturbar las conciencias de los hombres.

Todos los días se dan á la prensa intencionadas publicaciones, las cuales, cubiertas con el manto de la ciencia experimental, y con lenguaje hipócrita y seductor, combaten sin manifestarlo y á veces abiertamente, los dogmas y las creencias fundamentales de la Religión católica.

Materialismo ó unicismo insinuante, sutil y refinado, que se inculca en las conciencias, emponzoña los corazones y propaga la duda religiosa para destruir con el poder de las ciencias, que interpreta á su manera y según sus deseos, las creencias católicas y la fe de los pueblos cristianos. Es con frecuencia un materialismo seductor, ataviado con las joyas preciosas que arrebató á la Naturaleza, que presenta todas las apariencias de la verdad, y que halaga á la ignorancia, acaricia sus instintos y exalta sus pasiones; materialismo que propaga doctrinas disolventes, y presenta como resueltos teoremas y problemas basados en el conocimiento de las leyes que dirigen el mundo fenomenal. Si el materialismo del pasado siglo turbó la paz de Francia y la inundó en lagos de sangre inocente, el materialismo científico moderno amenaza á la sociedad para sumergirla en un espantoso cataclismo.

El materialismo y el monismo contemporáneos buscan en la historia de la

humanidad *confictos* entre las creencias católicas y los estudios científicos; pero todo su veneno más concentrado, toda su ponzoña más refinada, todo su filosofismo más diabólico, toda su estrategia infernal la emplea contra la santidad de los sucesores de San Pedro. Nada le detiene entonces, nada suspende su atrevida carrera, y con su audacia y obstinación invade sin reserva ni respeto alguno cuanto de más sublime y sagrado abraza el Catolicismo. Empero, si cubierto con el manto de la ciencia es hipócrita y mentiroso, bajo la égida de la historia se hace procaz y altanero, empleando la injuria, el ridículo, la irrisión, la maledicencia, el sofisma y cuantas armas tiene á la mano ó le sugiere su extraviada imaginación para zaherir las conciencias de la mayoría de la humanidad en sus sentimientos religiosos.

El materialismo, conculcando los instintos del hombre que forman uno de sus bellos rasgos naturales, pretende que sólo el *interés particular y egoísta* sirva de guía y fundamento para labrar el bien general y mejorar la suerte de los desgraciados. Error funesto y anticristiano, que trae en pos de sí una rivalidad repugnante, una perfidia refinada, un antagonismo social y una odiosidad de clase, que despierta, á no dudarlo, la *concurrència vital*. Es decir, la destrucción recíproca del linaje humano.

De aquí ¿cuántos males no ha ocasionado el materialismo científico ó realismo moderno, á la sociedad en general, y á la familia en particular? Se han halagado las pasiones más desenfrenadas, y el hombre ha mirado con recelo á su hermano, porque ha creído ver en él á su mayor enemigo; se han azuzado aquellos instintos, producto necesario de la falta de educación religiosa, por desgracia siempre descuidada, y de ello han resultado comparaciones repugnantes y odiosas; se han discutido todas las formas de gobierno posibles ó imaginarias para crear ó inventar *derechos* que jamás han existido, olvidándose de señalar los *deberes* fundados en la razón y la justicia; se ha predicado la lucha social para con la vida, la emancipación de la mujer, la igualdad material, el reparto de la propiedad..., y sus principales autores y declamadores (preciso será decirlo), viven y nadan en la abundancia y se ahogan en el lujo, sin que sus *hermanos queridos*, enfangados en la miseria, reciban el menor socorro, ni siquiera las migajas de sus banquetes y festines. Todos los días nos embotan los oídos con desmesurados gritos de libertad, igualdad y fraternidad; empero tan dulces y elocuentes palabras proclamadas por el Evangelio, no son más que uno de tantos medios empleados para alucinar á los ignorantes y pobres de corazón, que con escasos medios de subsistencia se lanzan llenos de fe al combate político-social para realizar en último resultado la terrible y degradante lucha por la existencia; por fin, todos los problemas de la vida científica, filosófica, moral, intelectual, política, social y religiosa se han puesto en tela de

juicio; no para resolverlos en beneficio de la humanidad, sino para explotarlos en provecho propio, destruir la organización civil de los pueblos y arrastrar al Catolicismo entre el torbellino de las pasiones desencadenadas, que lleno de augusta majestad deja pasar esa avalancha desenfrenada y asoladora confiando en Dios omnipotente y misericordioso.

La historia del Catolicismo recuerda á cada instante esa controversia constante promovida por los defensores y apologistas de la materia bruta. Lucha



Universalidad de la Religión.

tenaz y porfiada que ha presentado distintos aspectos según las épocas y circunstancias; pero que en definitiva siempre ha conseguido la más completa victoria. La calumnia y la maledicencia con que ha sido combatida la Religión del Crucificado, la han enaltecido y ensalzado lejos de deprimirla, ante la gran mayoría que forma la humanidad; bastará recordar los beneficios inmensos de que le es deudora la civilización y la sociedad. Sus más encarnizados enemigos se espantan á pesar de su audacia, y sin rubor confiesan su ignorancia, cuando han pretendido penetrar ciertos misterios, que la Iglesia católica había

resuelto hace tiempo para consuelo de los hombres y seguridad de los bienes sociales y morales.

Las cuestiones de la Ciencia han sido siempre miradas con respeto por el Catolicismo, sin que hechos aislados que obedecían á otra clase de preceptos quebrantados ó de intereses hollados, puedan servir de escudo contra la verdad y la justicia. La Iglesia nada ha definido que perjudique ni sea contrario á la ciencia.

Hoy vuelven al palenque de la discusión ciertas cuestiones, al parecer olvidadas. Se desea saber por Draper, *quién preside el gobierno del mundo*; es decir, el de todos los mundos que ruedan por los espacios celestes; se pretende averiguar si en ello hay una *intervención divina incesante*, ó si sólo obedecen á una *ley inmutable y primordial*. Estas son precisamente las doctrinas de la *evolución*, de la *creación* y del *desarrollo*.

La Iglesia católica, repetimos, no se opone á estas discusiones científicas, las acepta gustosa, las mira con benevolencia, no las rechaza y entra en ellas de buen grado, mientras no se presenten en discordancia ni pugnen con la moral, el dogma y la esencia sagrada de su misión divina en la Tierra que habitamos.

Y ¿cómo no ser así, cuando la Iglesia católica fué la maestra de la civilización, la amamantó en sus pechos virginales y luego le ha servido de madre solícita y cariñosa para guiarla por expedito sendero, como lo proclamó la Santidad del Sumo Pontífice León XIII?

Es innegable que donde el honrado trabajo está en íntimo consorcio con las creencias católicas, en aquellos pueblos, regiones ó familias en las cuales se han aunado la piedad sin exageración y una laboriosidad modesta sostenida por la virtud; ni el crimen, ni la maldad, ni la impureza, ni la miseria vienen á turbar la santa paz y el delicioso néctar que disfruta la familia católica; feliz y próspera en la medianía, tranquila en los vaivenes de la fortuna, modesta y caritativa siempre que se halla en la opulencia.

La ciencia que todos invocamos, ha descornado el velo que tenía ofuscadas las inteligencias más sobresalientes de nuestros días, y sin que la Iglesia católica haya tenido que terciar en la nueva lucha moderna sostenida por el realismo científico ó unicismo. La Divina Providencia ha probado, que si dió en un principio al mundo y al Universo, leyes que el hombre apenas ha podido conocer; pero que le es de todo punto imposible modificar, alterar ni variar, ha dado también á muchos sabios una perspicacia superior, una constancia á toda prueba y claridad de juicio para demostrar por medio de la experiencia y la inducción, que la *evolución* y el *desarrollo* son dos quimeras insostenibles. ¿Se quiere saber ahora quién gobierna el mundo? Ó mejor, diríamos nosotros,

¿quién gobierna el Universo? El mismo que *creó* la materia toda de la nada, que le dió los atributos que ostenta, que la sujetó á leyes inmutables, y que abate á cada instante el orgullo de aquellos que impulsados por la soberbia se burlan y dudan de su Suprema inteligencia y sabiduría: Dios.

Desgraciadamente se confunde con harta frecuencia el verdadero conocimiento de las leyes de la Naturaleza con hechos aislados, que aun no han recibido el *exequatur* de los sabios; hechos que se llaman leyes ó principios sujetos todavía á la discusión científica, y que casi siempre son combatidos con éxito, cuando se han interpretado mejor. Estos estudios encaminados muchas veces á combatir el dogma Católico, no forman por cierto la *ciencia* que ha de servir de norma, y sus autores abusan de un modo lamentable de tan augusta palabra. La ciencia sólo representa el conjunto de leyes bien conocidas y al abrigo de toda objeción, dadas por Dios á la materia. La Iglesia católica no las combate, no quiere ni está en sus dogmas combatirlas; porque todas reconocen el mismo origen y son fuentes fecundas que manan de un mismo manantial. El Catolicismo sólo combate los errores y extravíos de estos sabios, cuando ofuscados ó deslumbrados ante el resplandor Divino, se lanzan irreflexivos en un campo lleno de abrojos, que les hiere á cada paso su razón y su conciencia. La *verdad* inmutable, no varía en el tiempo, y mientras los descubrimientos anunciados se depuran en el crisol de la experiencia, mientras la lucha y la controversia siguen afanosas para alcanzar esta verdad, jamás podrá ampararse ni estar protegida con el augusto manto de la *Ciencia verdadera*, que es una emanación purísima de Dios.

Con la ciencia mal interpretada se ha pretendido echar por tierra la Religión católica; con esta misma ciencia mejor conocida se han demostrado los errores, los sofismas y las malas consecuencias á que conduce el materialismo empírico y el positivismo ó monismo intransigente contemporáneos.

Y no contentos con haber conculcado todos los preceptos de la historia de la humanidad y de las escuelas filosóficas, de las cosmogonías y de las teogonías, acuden á la historia de los hombres que han brillado y más se han distinguido en los estudios experimentales y de observación, para buscar lo que Draper llama *conflictos entre la Religión y la ciencia*.

La Religión en todos tiempos ha tenido una importancia inmensa, incalculable, altamente beneficiosa, no sólo á la familia sino al Estado y á la sociedad. La Religión del Crucificado es el alma y la vida del derecho y del orden moral, la base y sostén de la humanidad dentro de la virtud y de la fe católica, de lo justo y de lo razonable; ella dulcifica las costumbres, morigeras las malas pasiones, reprime los desórdenes, anatematiza el vicio y el error, inspira sentimientos puros, enaltece y ennoblece la dignidad del hombre y sirve de pode-

roso y santo consuelo en las desgracias y aflicciones de la vida. Todos los grandes filósofos y profundos pensadores de todas las creencias y de todos los tiempos han dicho; *que sin Religión no hay sociedad posible.*

La idea de Dios es una idea primera encarnada en la humanidad, sea cual fuere su estado de civilización. Su sacrosanto nombre está esculpido en todas las concepciones humanas, en cuanto hay de material y contingente, en todo lo que rodea al hombre, y hasta en el fondo de la conciencia. Así es, que la *gracia* y la *oración* indican la doble relación que existe entre el Sér Supremo y la Religión católica; que manifiesta la manera constante como Dios se revela á todas las almas.

Cuando la inteligencia rompe sin respeto ni consideración alguna con la revelación y las tradiciones, parece que todo se nubla y oscurece, que todo cambia de aspecto y adquiere nueva fisonomía; entonces se lanza precipitada por entre los extravíos más funestos y por los errores más fundamentales que han podido engendrar la locura y el delirio, para sostener como principios científicos las concepciones más diabólicas y descabelladas que jamás se hayan imaginado. Esto nos conduce á recordar con un escritor contemporáneo algunos pensamientos llenos de verdad y filosofía. Errores nuevos en teología producen herejías nuevas; nuevos extravíos engendran nuevos sistemas filosóficos. La Iglesia que renegara de la autoridad desgarraría poco á poco su seno por todas las herejías que engendró en otros siglos el espíritu de controversia bizantino; la filosofía que cierra los ojos á la luz de la fe, resucita todos los sistemas de la India, de la antigua Grecia y de las escuelas del Bajo imperio. Se cae de la duda á la negación, del deísmo al ateísmo. Para unos es el hombre un dios destronado, para otros un mono transformado; la crisálida que se ha convertido en mariposa. Invéntanse mil cosmogonías más ó menos poéticas, más ó menos absurdas. Se cree en los millones de siglos de la India y de la China antes de saber leer sus libros; se admiten millares de dinastías egipcias antes de poseer la clave de sus jeroglíficos; no han nacido aún la etnografía, la zoología y la geología y se crean ya mil absurdos sistemas sobre estas ciencias. Cada cuál busca en la historia, en la literatura, en la astronomía, en las ciencias todas lo que le conviene encontrar en apoyo de sus teorías, y el error se infiltra por todas partes... etc.»

Durante nuestros estudios hemos procurado desvanecer los llamados por Draper, *conflictos entre la Religión y la Ciencia*; no como una polémica apasionada, sostenida por un fanatismo doctrinario impropio de los progresos del siglo, sino por lo que de ella misma conocemos, y constituye la doctrina que aceptamos en nuestro íntimo convencimiento. Siempre hemos considerado altamente inconveniente y hasta injusto, confundir el uso con el abuso; esto es,

la santidad y la moralidad de las doctrinas católicas con los descuidos y soberbia de alguno de aquellos que están encargados de mantenerlas en toda su pureza y esplendor, confundiendo lo divino con lo humano y haciéndola solidaria de un fanatismo que en todos tiempos ha rechazado.

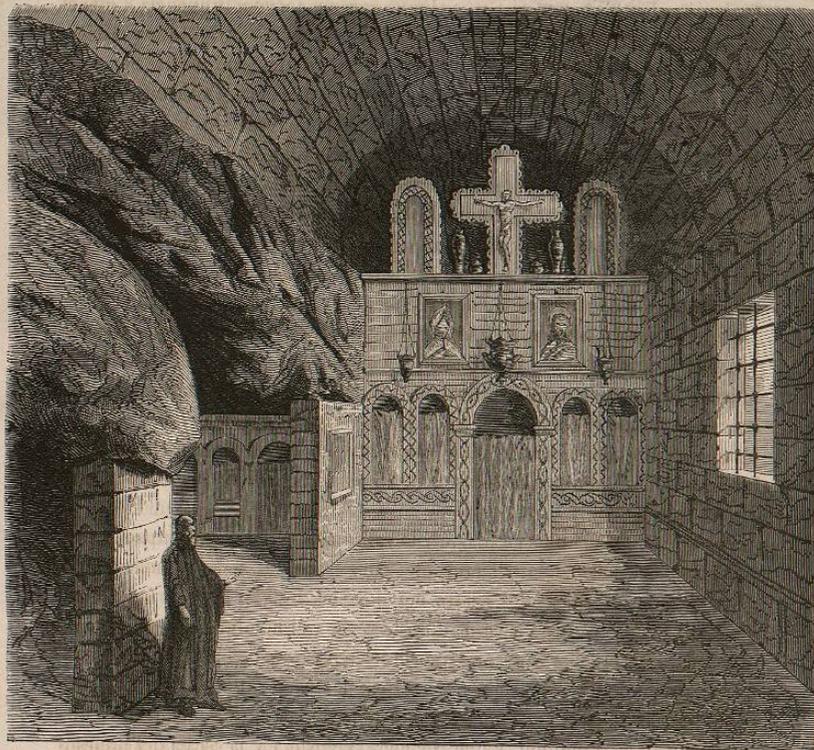
Hoy hablamos y escribimos mucho, y sacamos á plaza con inusitada frecuencia la palabra *Naturaleza*, y este ente misterioso, esta voz abstracta, esa idea general mal definida, que nada dice en sí, ni nada concreta, que no da á conocer nada real, la empleamos según conviene ó halaga á nuestro capricho. ¿Es acaso la Naturaleza el conjunto de leyes que rigen á la materia y al Universo? ¿quién imprimió estas leyes? ¿cómo se reproducen con un orden constante é inmutable al través del tiempo y el espacio?... El *acaso* ó la casualidad no ha podido engendrar un sistema perfectamente organizado y armónico, con sus fuerzas especiales y sus principios invariables. La poesía, las imágenes brillantes presentadas por una inteligencia fecunda y lozana, buscando ejemplos en los fenómenos vulgares que tienen lugar todos los días para luego aplicarlos á los mundos siderales ó á las reacciones de los átomos, serán propios de la novela científica, instructiva si se quiere; pero ajena de la gravedad é importancia trascendental de la ciencia propiamente dicha. Empero, en estos fenómenos cotidianos, no intervendrá la mano del Todopoderoso, si así le place á algún desdichado observador; pero no puede negarse que todos ellos estarán subordinados á *leyes naturales*, las cuales fueron impuestas por Dios á la materia desde la Creación. Seríamos altamente censurables si consideráramos como hijos del *acaso* los complicados fenómenos meteorológicos, por ejemplo, que tienen lugar en la atmósfera que circunda el planeta, y creyéramos que se realizan de cualquier manera. No; todos ellos están sujetos á leyes físicas; estas leyes no son ni pueden ser el resultado de la casualidad... ¿De donde provienen, pues?... De la *Naturaleza*; dirán los materialistas modernos... En este caso habrá que preguntarles, ¿quién es esa Naturaleza que invocáis á cada momento?... Nosotros hubiéramos contestado sin titubear, *que todas estas leyes emanaban de Dios.*

Se pregunta por el desdichado señor Draper, si el mundo histórico está gobernado por *intervenciones divinas*. No; contestaremos nosotros. Este mundo está gobernado y regido por *leyes naturales*, que los positivistas y unicistas no pueden variar ni modificar; pero leyes emanadas de la suprema voluntad de Dios; leyes, en fin, de un orden diferente de las que corresponden al mundo político y civil, con quienes compara y pretende confundir el Profesor de Nueva York. Estas leyes del orden político y civil, elaboradas por los hombres, están por lo tanto sujetas á mil variaciones. La vida de los pueblos no es, por cierto, *la vida de la Naturaleza.*

Convenimos con algunos filósofos materialistas y con el señor Draper, en que las naciones tienen sus períodos de infancia, pubertad, madurez y decrepitud ó vejez; convenimos también, en que la vida política de los pueblos está sujeta á principios generales; pero esta vida de las sociedades nada tiene que ver con la vida que corresponde á la Naturaleza orgánica, ni á las leyes que gobiernan al mundo inorgánico, ni mucho menos á los grandes preceptos que dirigen los mundos siderales. Mientras los primeros varían á cada paso y conmueven los estados y las monarquías, cambiando las nacionalidades y modificando las formas de gobierno, los últimos siguen sin alteración desde el principio de la creación, y no pueden cambiarse por la voluntad de los sabios; y seguirán á no dudarlo á pesar de cuanto digan los positivistas y materialistas ó monistas científicos, hasta la consumación de los siglos.

Cuando los acontecimientos políticos hacen variar la faz de los pueblos, que han alcanzado todo su desarrollo y prosperidad material; cuando una sociedad ha permanecido durante muchos y repetidos años llena de vida y embriagada en los placeres, y comienzan á marchitarse los laureles de sus glorias para descender de su pináculo; cuando se han inoculado los malos sentimientos y conculcado todos los principios de virtud y de moralidad para entregarse á la corrupción, al desenfreno y á la crápula; las naciones caen en rápido descenso al abismo, impulsadas por sus propias pasiones, sin que haya fuerzas humanas que puedan impedir la terrible catástrofe, que trae en pos de sí la destrucción, la pobreza y la muerte civil de los imperios y repúblicas. Entonces verán el materialismo y el positivismo como los pavimentos marmóreos se destruyen, los templos se derrumban, los sarcófagos se profanan, los palacios quedan abandonados y por todas partes estragos, ruínas y desolación. Observarán en sus investigaciones cómo trozos de columnas hacinados, capiteles, pedestales hechos pedazos, estatuas mutiladas, cornisamentos, dinteles y arquivraves incompletos y cuanto había formado y acumulado el orgullo, el lujo y el esplendor de muchas generaciones, se halla esparramado y abandonado á la intemperie, sin orden ni concierto alguno. La flora, como dice Draper, un día risueña con esplendorosas y fragantes flores, se habrá convertido en la flora parásita, mustia y marchita, que representa el abandono y la tristeza y la agonía, hé aquí á Roma en la época del Renacimiento. Si algo ha podido conservar de sus pasadas glorias, si hay aún en el día algún resto de sus grandezas que sirve al viajero para evocar antiguos recuerdos, si todavía se admiran las concepciones gigantescas de las nobles artes y las bellezas del genio de aquella potente civilización, si Draper pudo contemplar los destrozos del tiempo y de las vicisitudes humanas y estudiar la languidez de una flora parásita, débese á la solicitud, al celo y á los sacrificios y perseverancia de los Pontífices.

¿Queréis saber ahora lo que fué, lo que era aquella Roma pagana? Visitad el Museo de Pompeya. Allí encontraréis esculpido cuanto de más obsceno é inmoral ha podido concebir el genio artístico y voluptuoso de Italia romana. Allí el sensualismo con todas sus deformidades ostenta las galas de una fantasía desvergonzada y sin pudor. ¿Habéis admirado alguna vez el rico Museo de



Gruta donde San Juan escribió el Apocalipsis.

Nápoles? Hay en él una sala reservada, en la cual está prohibida la entrada á toda clase de mujeres. Las joyas artísticas que en ella se custodian extraídas de Herculano y Pompeya, son capaces de ruborizar al hombre más cínico y des preocupado. Allí, donde se encierran tantas riquezas del arte, cuya época y origen nadie puede poner en duda, están historiadas las costumbres, los usos,

la moralidad, la virtud, y, si queréis, hasta la decencia de aquel pueblo pagano sin religión, sin fe y sin creencias, cuando al parecer las cobijaba todas.

La verdadera ciencia moderna no retrocede, porque lejos de desquiciar la sociedad haciéndola atea y materialista como la falsa, sigue sus importantes trabajos y concienzudos estudios en bien de la humanidad, dando nuevos elementos de vida á los pueblos. El Catolicismo acepta también de buen grado la evolución científica moderna y coadyuva con su apoyo é influencia á que el progreso siga su marcha lenta y segura y no retroceda á aquel oscurantismo de la ciencia empírica durante la primera época de la Edad media. Seríamos unos insensatos y sólo probaríamos nuestra intransigencia y apasionado criterio si pudiéramos imaginar que es posible semejante retroceso. Las conquistas positivas que la ciencia ha hecho para mejorar la situación precaria en que se halla el linaje humano, y para afianzar sus condiciones físicas y morales, las libertades civiles adquiridas con tantos sacrificios, los derechos de los ciudadanos consignados en los códigos fundamentales de todos los pueblos, permanecerán incólumes bajo el amparo y protección de la Iglesia católica, como no se opongan á su moral y á su dogma.

No hay en el mundo muchas religiones, como dice el autor de los *Conflictos*. Habrá muchas sectas, muchas filosofías y teogonías que pretenderán adquirir un aspecto religioso verdadero; pero la Religión es sólo una, porque una es la verdad y ésta se halla en el Catolicismo. Tampoco hay más que una ciencia empírica ó experimental, y esta es la *ciencia de la Naturaleza*, sujeta á las leyes impuestas por Dios, las cuales se burlan de la audacia y sutilezas de los hombres.

La fe católica, definida en el Concilio Vaticano, que tanto preocupa al señor Draper, consuela al alma del creyente, lleva la paz al seno de la familia y sirve de baluarte contra los azares del tiempo y los vaivenes de la vida. El hombre religioso ocupa, en verdad, un terreno, y el hombre de ciencia ocupa otro, como dice el señor Draper en uno de sus momentos de buen humor al querer examinar el Concilio Vaticano. Nosotros, nos parece, que podemos ser católicos sinceros y á la vez hombres de ciencia. Conocemos á muchísimos que participan de esta opinión, y que por cierto ocupan en la escala del profesorado científico un puesto, cuando menos, tan elevado como el que corresponde al profesor de Nueva York. Hé aquí por qué calificamos de inexacto lo dicho por este sabio. El hombre religioso, el católico de corazón y el de ciencia pueden ocupar con gloria un mismo terreno.

La Iglesia de Jesucristo ha dicho, que no se engaña ni puede engañarnos, y en este principio fundamental está la infalibilidad dogmática del Sumo Pontífice como jefe y sucesor de san Pedro. La ciencia seguirá progresando, y sus

aplicaciones en bien de la humanidad serán siempre protegidas y bendecidas por el Papado, que es su natural amigo y defensor, y que no envejece por la sucesión de los tiempos. Y si la Edad media fué disputadora y metafísica fué también muy católica, si en los siglos que siguieron imperó el libre examen y la filosofía irreligiosa, nuestra época altamente razonadora dará á la razón lo que á la razón pertenece, separará las pretensiones exageradas de un positivismo y un unicismo que se hallan fuera de toda verdad, y se realizará lo que un día dicen que escribió Esdras en las márgenes del río babilónico, y que con tanta oportunidad nos recuerda el señor Draper al terminar su libro sobre la *Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia*. «LA VERDAD ES ETERNA; NO PERECE; VIVE Y SIEMPRE CRECE (1).»

Para los materialistas y positivistas ó monistas modernos el *horizonte del cielo se llena de sombras, y una crisis intelectual y religiosa está próxima á estallar*, como asegura Draper. Empero el realismo científico no alcanza ni se atreve á señalar de qué cuadrante soplarán los vientos furiosos que, desencañados han de rugir en destructora tormenta. El huracán hizo sentir sus sangrientos efectos hace poco tiempo, y desde entonces la sociedad está sobre aviso. El Simoun sopló unos instantes en la capital de la vecina Francia, y el numeroso pueblo de París se vió anegado en sangre humana, envuelto entre llamas y destruidos por el fuego sus mejores edificios; una ráfaga pasajera recorrió los pueblos de nuestra querida cuanto infortunada España, y aún humean los destructores incendios y los ayes de las víctimas resuenan en nuestros oídos; esta manga tempestuosa traspasa el Golfo mejicano y penetra en los Estados de la Unión Americana, y las huelgas, los asesinatos y los trastornos de aquella moderna sociedad paralizan el trabajo, interrumpen el comercio, aterrorizan el crédito y el capital; hoy mismo recorre este huracán por conductos tenebrosos y subterráneos, y la sesuda Alemania ha visto que el jefe del imperio ha estado dos veces próximo á sucumbir y su vida continúa aún amenazada. ¿Qué más? Las vidas de dos jóvenes monarcas, D. Alfonso XII y D. Humberto I han estado á punto de fenecer por la bala y el puñal regicidas. La influencia de estos trastornos se ha dejado hoy sentir en Inglaterra, y también la existencia de su virtuosa reina ha estado expuesta al asesinato; los emperadores de Austria y de Rusia se han visto acosados por el regicidio. La Rusia se encuentra en este momento ahogada por el terror del nihilismo, y el Czar ha estado próximo á ser víctima de la bala de un fanático político, ó por una

(1) Hemos buscado esta cita en los dos libros de Esdras que la Iglesia admite como verdaderos, y no nos ha sido posible encontrarla. Estará, sin duda alguna, en los otros dos que se han considerado como apócrifos.